

Todo esto es la lucha, es la vida, es el camino del cielo.

2.º Rezar mal por culpa propia, por disgusto, por negligencia, y omitirlo sin remordimiento, *es un principio de tibieza.*

Leer libros que no son los mejores para instruir, ilustrar, conmover, encaminar hacia Dios, sino los que tienen por objeto entretener y divertir; hacer los exámenes con precipitación, sin deseos de conocerse ni de enmendarse; confesarse vagamente, sin precisión, sin dolor y sin firme propósito de enmendarse; comulgar sin preparación especial, sino únicamente porque es día de comunión y porque las otras comulgan; pasar el día de comunión casi sin acordarse de la felicidad de la mañana, *son pruebas de que la tibieza se va apoderando del alma.*

Gustar de noticias; entregarse á la disipación, sobre todo no reprimiendo las miradas y el afán de hablar; alimentar cierto disgusto por las cosas de Dios sin inquietarse por ello; no querer carecer de nada; no querer sufrir ninguna molestia ni adversidad; cometer faltas leves, temiendo más la humillación consiguiente que la ofensa de Dios; no hacer caso de las inspiraciones de la gracia, ni de las advertencias de los superiores, *son pruebas del estado de tibieza.*

Después de la lectura de estas páginas, ¿no comprendes mejor estas palabras que decíamos al principio de este artículo?

No estés jamás sin *temor filial*, dón del Espíritu Santo, que te hará *vigilante, temerosa,*

*delicada; fiel á la oración; humilde para recibir una reprensión; fuerte para resistir á todas las malas inclinaciones; prudente para distinguir todas las ilusiones y discernir todos los peligros.*

## ARTÍCULO SEXTO

### Ilusiones sobre el mérito personal.

¡Son muy fecundas las ilusiones sobre *nuestro mérito personal!* Ni la edad, ni la experiencia, ni las decepciones, nada las disipa por completo; nos acosan hasta en el lecho de la muerte.

Estando en el desierto y lejos de las miradas humanas, el solitario se sorprende á sí mismo, complaciéndose con este pensamiento: *Algo valgo yo;* y si vive con otro compañero, aun cuando sea su superior, siente también surgir en su espíritu este pensamiento: *Valgo por lo menos tanto como él.* Menos mal si no llega á decir como el fariseo del Evangelio: «*Gracias os doy, Dios mio, porque no soy como los demás hombres, que son injustos, ladrones, sensuales, ni siquiera como éste que está aquí á mi lado.*»

¡Pobre, pobre naturaleza humana! «Tan arraigada está la vanidad en el fondo del corazón del hombre—dice Pascal,—que un harapoño, un marmitón, un ganapán, se gozan y jactan de tener admiradores, y hasta los mismos filósofos los quieren; y los que escriben contra la gloria quieren tener la gloria de haber escrito bien; y los que lo leen quieren tener la gloria

de haberlos leído bien; y yo que esto escribo, tengo quizá este deseo; tal vez lo tendrán también los que lo lean.»

Oid, empero, el oráculo que no engaña jamás: *¡Sin mi no podéis nada!* (Joan., xv, 16) ¡Oh, cuánto encierra este *Nada!* *Cuando hayáis hecho todo lo que debéis hacer, decid: ¡Somos siervos inútiles!* (Luc., xvii, 10).

Escuchad ahora á san Pablo comentando las palabras de su Maestro: *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si todo lo has recibido, ¿por qué te glorias como si no lo hubieras recibido?* (I Cor., iv, 7.)

Oid lo que dice san Juan de la Cruz hablando de sí mismo, de ti y de todos los hombres, según las luces que había recibido en la oración:

- Nada soy.
- Nada puedo.
- Nada valgo.
- Nada merezco.
- Nada se me debe.
- La nada de nada necesita.
- La nada nada puede.
- La nada para nada es buena.
- La nada de nada es digna.
- La nada debe permanecer en la nada.
- La nada de nada se queja.
- La nada no se ofende de nada.
- La nada no se admira de nada.
- La nada no se turba por nada.
- La nada no sirve para nada.
- La nada nada ambiciona.
- La nada no desprecia nada.

- La nada no pide nada.
- La nada no considera nada.
- La nada se contenta con nada.
- La nada no pretende nada.
- La nada á nada tiene gusto.
- La nada no desapueba nada.
- La nada de nada se ofende.
- La nada no envidia nada.
- La nada no se incomoda por nada.
- La nada no toma parte en nada.
- La nada no sostiene nada.
- La nada no se interesa por nada.
- La nada no se escandaliza por nada.
- La nada no se apresura por nada.
- La nada no juzga ni condena nada.
- La nada nada teme.
- La nada nada desea.
- La nada no se asusta por nada.
- La nada no se admira de nada.

Ved también lo que de sí mismo decía el cura de Ars, con ingenuidad y convicción muy sinceras: *«Para formar al cura de Ars se han servido de una oca, una pava y un cangrejo.»*

Escuchad lo que dice san Francisco de Sales de los que han recibido de Dios la inteligencia, la belleza, el saber: «¡Ah! ¿Dejan los mulos de ser bestias pesadas y hediondas porque vayan cargados con los preciosos y perfumados muebles de un príncipe?»

Y de sí mismo decía en una carta á santa Chantal: «Quisiera que me conocierais bien, y diríais: He aquí una caña en la que Dios quiere que me apoye; estoy muy segura puesto que Dios lo quiere, pero la caña no vale nada.»

«Alaban y ponderan el fruto que hacen mis predicaciones—escribía en otra ocasión,—pero ¡ay! soy como un *trinchante*, que lo distribuye todo á los demás sin dejar nada para sí; como un *laúd* sordo á sus propios sonidos; como la *escala*, que sirve para que otros suban adonde ella no va; como el *rótulo* que ofrece al viajero cómodo hospedaje, y él se pasa la noche al sereno.»

Oid lo que dice la *Imitación de Cristo* á todo el que entra en religión: «No has venido para mandar, sino para obedecer; no para ser servido, sino para servir. Recuerda que has sido llamado á trabajar y sufrir, no á holgar ni perder el tiempo. Aquí se prueban las almas como el oro en el crisol; nadie debe pensar en permanecer aquí si no está resuelto de todo corazón y por amor de Dios á vivir entre humillaciones..... ¿Quieres aprender algo que te sea muy útil? *Desea vivir desconocido y ser tenido en nada.*»

He aquí las verdaderas ideas sobre nuestro valor personal. *Nada es nuestro; todo nos lo ha prestado Dios.* Enorgullecerse y gloriarse es una mentira y un robo.

«Cuando te alaben—decía santa Catalina de Génova,—ten entendido que no hablan de ti, sino de los dones de Dios.»

Por estar un vaso lleno de piedras preciosas, ¿deja de estar formado de tierra y de lodo? Un hombre que sólo vive de préstamos y de limosnas, ¿puede estar orgulloso de lo que tiene?

¡Oh! Cuán ciertas son estas palabras: *Para*

*ser humilde basta tener sentido común.* ¡Y cuánta razón tenía el P. Lacordaire cuando afirmaba que *la humildad es una gran parte del buen sentido!*

No alargaremos estas citas, que podrían multiplicarse prodigiosamente; ¡tan convencidos estaban los santos del *desprecio* que merecían! No han expresado todos públicamente los sentimientos que tenían de su flaqueza y nulidad, pero todos han pensado lo que san Vicente decía á sus sacerdotes: «*Si conocierais mis miserias me arrojaríais de la congregación, para la cual soy una carga y á la que deshonor y hago agravio.*»

Vamos á exponer:

1.º *Los efectos de las ilusiones sobre el valor personal.*

2.º *Los remedios contra estas ilusiones.*

#### Efectos de las ilusiones sobre el valor personal.

Numerosos son los efectos que produce esta ilusión, fruto del orgullo; son muy perjudiciales al alma, pues la *hacen abominable á los ojos de Dios*, dice san Basilio; son para ella, añade san Gregorio, *como una peste que todo lo corrompe*. No son menos perjudiciales para la comunidad, pues introducen en ella la perturbación y la discordia, destruyendo el espíritu de familia.

He aquí la enumeración rápida de sus principales efectos:

1.º Preferirse á las demás, despreciarlas, des-

deñarlas interiormente y manifestar este desdén en toda ocasión.

2.º Ser tenaz en sus ideas, disputando de todo y con todo el mundo; sosteniendo siempre que no se equivoca, aun cuando en el fondo del alma conozca que realmente se ha equivocado.

3.º Hallar siempre algo que oponer á todo lo que se hace ó se dice en la casa: *á un cambio material, á una reparación, á un aviso.....* Basta no haberla consultado para que declare malo todo cuanto se hace.

4.º Hablar mucho de sí para mendigar un cumplido ó mostrar superioridad. La palabra *yo* está siempre en los labios de la hermana orgullosa; habla siempre *de sí misma* ó *de su familia*, ó *de sus amigos del mundo*; elogia siempre lo suyo ó á los suyos, los excusa en todo y por todo, figurándose que sólo ellos son perfectos.

5.º Recibir las observaciones con disgusto, con silencio afectado, con cierto aire de desprecio; replicar y justificarse con viveza é impertinencia; retirarse con altivez para ir á contar exageradamente á las otras todo lo que le han dicho.

6.º Tener envidia del buen éxito y de las alabanzas que consigue otra; de la piedad que demuestra y que realmente tiene; de las gracias que Dios le concede y de la confianza que le muestran los superiores; alegrarse, interiormente por lo menos, de ver á la compañera, á quien tiene envidia, humillada por haberle salido mal alguna cosa, por haberla reprendido severamente, por no poder trabajar.

7.º Huir, por respeto humano, de aparecer piadosa, regular y, sobre todo, sumisa; ó por un efecto contrario, afectar ser la más puntual, la más exacta, la más laboriosa, para que la admiren y envidien.

8.º No obedecer prontamente, ni con gusto, porque no quiere á los superiores, diciendo que no están á la altura de su cargo; porque está persuadida de que procede con más prudencia y discreción apartándose de las órdenes de los superiores, que siguiéndolas; porque se goza en darse cierto aire de independencia; porque quiere su libertad.

9.º Esmerarse mucho, para darse tono, en arreglar y componer con esmero el vestido; en tener objetos de lujo, *reloj de oro, medallas preciosas, libros ricamente encuadernados*; en el modo de andar, de hablar, de rezar, proponiéndose en todo y por todo llamar la atención.

10. Impacientarse por la menor contrariedad, é irritarse contra todo lo que se opone á su manera de ver; contra una superiora que le niega algún permiso; contra un confesor que exige algún sacrificio que ella no quiere hacer; contra una hermana que no obra á su gusto y que tiene la desgracia de contradecir lo que había propuesto; contra las personas que se le han confiado, porque no hacen todo lo que ella les dice y como se lo dice.

11. Estar ansiosa de saber lo que nada le importa; *lo que hace tal hermana; con quién está en el locutorio; por qué la madre la ha llamado; lo que hablan aquellas dos hermanas que están juntas.* Ingeniarse para averiguar to-

dos los secretitos de la casa á fin de poder divulgarlos y presumir de bien informada.

12. Excusarse, queriendo siempre tener razón, cuando le hacen alguna advertencia ya la superiora, ya el confesor, ó bien alguna hermana más antigua; quejarse de que todo el mundo le hace la contra, que nada le perdonan, que nada dicen á otras que son más culpables; atrincherándose, por último, en que las *intenciones* que tuvo, y que sólo Dios conoce, bastan para justificarla y consolarla.

13. Ser hipócrita, es decir, abandonarse en secreto á ciertas pasiones que no puede disimular á sus propios ojos, y ocultarlas bajo las apariencias de virtud, es el último grado del orgullo.

14. Mostrarse muy quisquillosa y suspicaz; ver casi siempre en las palabras y las acciones de las demás injurias patentes ó simuladas, echando á mala parte todo lo que le dicen ó hacen, dándose por ofendida de una palabrita que oyó, de un gesto que sorprendió, de un ademán que le chocó; exasperándose, enojándose, y á veces encolerizándose.

15. Irritarse de todo lo que no le agrada en los demás, y quejarse de todo el mundo; reprocharle á una su carácter singular, á otra su aire presuntuoso, á ésta su mal humor, á esotra su alegría; en fin, ver siempre *la paja en el ojo de las que Dios le ha dado por compañeras, y no ver la viga en el suyo.*

16. No perdonar nada á nadie, por creerse siempre herida y lastimada de todo lo que la ofende: ya es una palabra dicha en recreo y

que se considera como una injuria; ya una negativa que se mira como una afrenta; ya una contradicción que no se puede soportar; ya una falta de atención que no se olvidará.

17. Estar habitualmente descontenta de todo y de todos porque no se le hace justicia; no se aprecia lo mucho que vale; no se sirven de ella para nada; nunca le piden consejo.

18. Exagerar los trabajos, las molestias; nadie la ayuda, todo el mundo la fastidia: los superiores, el confesor, las hermanas; de todo se lamenta: de las ocupaciones, del tiempo, de las enfermedades, de la edad.... y nadie se compadece de sus penas; la tienen abandonada, olvidada, arrinconada; y, sin embargo, no merece que así la traten. ¡Ah, de haberlo sabido!....

19. Desconfiar de todos y gloriarse de ello, atribuyendo esta falta de humildad á la penetración de su talento, que le descubre cuán pocas son en las comunidades las amigas sinceras, ingenuas, francas. ¡Si todo el mundo fuese como ella! dice esta alma orgullosa; ella va siempre á las claras.... ¡pero las otras! ¡ah! las otras son unas embusteras, traidoras...., y por eso se lo guarda todo para sí....

20. Enojarse por una advertencia, ó negativa, ó reprensión; pasar días enteros siempre ceñuda, sin decir una palabra, mostrando rostro serio, avinagrado, y contestar secamente á una palabra afectuosa: *Dejadme en paz; ya sé lo que me hago.* Estos arranques de mal humor no son sino arrebatos de orgullo.

21. Hablar con afectación del trabajo que tiene que hacer, de la fatiga que siente, del

poco tiempo que tiene para descansar y tomar aliento, del escaso alivio que le conceden; decir frecuentemente que no podrá resistir mucho tiempo tanto trabajo, y si la reprenden por no acudir con puntualidad á los ejercicios, ó si le piden un favor, contestar siempre que *no tiene tiempo*.

22. Exigir más que las otras, ya para las atenciones del cuerpo, como alimento y vestidos, ya respecto á dispensas ó exenciones con pretexto del cargo ó empleo que desempeña; mandar con altivez y con tono áspero é imperioso á las inferiores ó á las otras hermanas más jóvenes que la ayudan en aquel empleo.

23. Acusarse algunas veces para conseguir que los demás la alaben; decir las faltas que hay en una obra que ha hecho para que le digan los demás que *no hay cosa más acabada*; pedir con insistencia que le manifiesten los defectos que tiene, y después mostrarse muy sentida y enfadarse contra la que tiene la candidez de decírselo; esto es lo que se llama *humildad de garabato*.

24. Prodigar los consejos, pero no pedirlos nunca, á lo menos con sinceridad; despreciar los que le dan, y admirarse de que se atrevan á dárselos.

25. Rebelarse con descaro y protervia contra toda reprensión, so pretexto de que desalientan y desesperan; que ya no se las debe tratar como á unas niñas ó novicias, y que á las religiosas antiguas y de experiencia la conciencia les basta.

Y concluimos aquí esta larga enumeración

de las presunciones del orgullo. ¿Quién de nosotros no podría alargarla sondeando un poco su corazón?

## II

Remedios contra las ilusiones sobre el mérito personal.

I. El principal remedio, el remedio universal para todas las enfermedades del alma, y sin el cual todos los demás sólo tienen una eficacia pasajera y sin provecho para el cielo, es *la oración de todos los días pidiendo á Dios la humildad*, la oración unida á las reflexiones sobre lo poquísimos que realmente valemos.

Lee en la presencia de Dios, lee las siguientes reflexiones, y grábalas profundamente en tu alma:

Cualquiera que sea mi estado actual, ¿puedo saber lo que seré mañana, quizá esta noche? ¿Qué necesito para caer en un pecado mortal? *Una tentación violenta que acaso está muy cerca..... y que me falte el auxilio de Dios..... ¡Oh!* Si os olvidara, ¡Dios mío!..... ¡Y si Dios no me da una gracia particular, puedo olvidarle! ¡Oh, cuán profundas son estas palabras de san Felipe Neri: *Desconfiad de mí, Señor, pues, si os descuidáis, soy capaz de hacerlos tración!*

Si estoy en gracia puedo fácilmente perderla, y perderla de tal manera que llegue á caer en los mayores y más horribles desórdenes, para no levantarme jamás. La fe nos enseña estas verdades, y la experiencia desgraciadamente las confirma.

¿Quién hubiera creído nunca que Salomón, el más sabio de los hombres, pudiera llegar á tal punto de insensatez que adorase á los más vergonzosos ídolos? ¿Quién hubiera creído jamás que David, tan piadoso y tan santo, David, el depositario de los secretos de Dios, sólo con mirar una vez un objeto ilícito, cayera en un crimen escandaloso, cometiera un homicidio y permaneciera un año entero en pecado, sin pensar siquiera que era pecador? ¿Quién hubiera dicho que san Pedro, después de haberle hecho á su Maestro mil sinceras protestas de amor, pudiese llegar á negarle, sosteniendo su perfidia con imprecaciones y juramentos?

¡Oh, cuán cierto es lo que decía san Agustín: *No hay crimen alguno, cometido por una criatura, que yo no pudiera cometer si Dios me dejase de su mano un solo instante!* ¡Y Dios puede dejarme para castigar mis infidelidades! ¡Estoy como colgada de un hilo sobre el abismo de los más enormes pecados y de los más terribles suplicios! ¡Y tendría el loco atrevimiento de despreciar á mis hermanas, de quejarme por una faltilla de atención ó miramiento, cuando tal vez dentro de un instante me haga indigna de vivir con ellas!

¡Dios mío! ¡Dios mío! guardadme.

II. El segundo remedio contra las ilusiones acerca del mérito personal, es *ejercitarse en la consideración de la naturaleza y los efectos de la humildad.*

Vamos á exponer en pocas palabras:

1.º *La naturaleza y el fundamento de la humildad.*

2.º *Los efectos de la humildad.*

3.º *Los castigos de las faltas contra la humildad.*

4.º *Las condiciones de la humildad.*

#### I.º—NATURALEZA Y FUNDAMENTO DE LA HUMILDAD

1.º La humildad es una virtud con la cual, conociéndonos á nosotros mismos tales como somos en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, nos consideramos indignos de la estimación, honras y aprobación de los hombres.

La humildad es la franqueza de una alma recta que no quiere sino la verdad; quiere y ama lo que es verdad, aun cuando esta verdad la humille.

2.º La humildad tiene por fundamento *nuestra condición de criaturas*, que establece una desproporción infinita entre la grandeza de Dios y nuestra bajeza; entre la omnipotencia de Dios y nuestra absoluta impotencia. Esta nuestra condición nos hace ver cuán verdaderas son estas palabras, que resumen la doctrina de san Juan de la Cruz: *Nada soy, nada tengo, nada puedo. Dios, que me ha dado la inteligencia, me la puede quitar; me ha dado los miembros, los sentidos, los bienes naturales y sobrenaturales, y puede quitármelos también, sin hacerme injusticia ni agravio.*

3.º *Nuestra condición de pecadores.* Al cometer un pecado nos hemos degradado y envilecido, poniéndonos por debajo de lo más abyecto y despreciable que hay en el mundo: hasta por debajo del lodo, que tiene sobre nos-

otros la honra de no haberse rebelado nunca contra su Dios y Criador.

El que seriamente lo considera, sin dificultad reconoce y confiesa que es realmente *nada*; y así se comprende que santo Tomás de Aquino, una de las más claras inteligencias, haya podido decir *que jamás había experimentado sentimiento de vana complacencia*.

## 2.º—EFECTOS DE LA HUMILDAD

1.º *La humildad es el fundamento de todas las virtudes*; es la primera é indispensable disposición para hacer bien todas las cosas: *para orar, para comulgar, para obedecer, para practicar la caridad, para sacrificarse*. El orgullo produce *el odio á la autoridad, el horror á la sumisión, el desprecio á los iguales, el egoísmo, la hipocresía*.

2.º *La humildad es el aroma que conserva todas las virtudes*; el orgullo es el *veneno* que las corrompe y las destruye. Vicia las buenas obras aun antes de que se hagan; las vicia al tiempo de hacerlas; las vicia después de hechas. En una alma dominada é inspirada por el orgullo, las más bellas cualidades pierden su esplendor, las más brillantes virtudes su mérito.

3.º *La humildad atrae las miradas y el amor de Dios*. Dios ama la verdad; y como el alma humilde tiene el verdadero sentimiento de lo que es, de su nada, de su pobreza y miseria, Dios tiene en ella sus delicias, y se complace en colmarla de beneficios. Ved lo que

dice el autor de la *Imitación* al referir las ternezas del amor divino para con una alma humilde:

«Cuando Dios la ve afligida, la consuela; cuando la ve sumergida en el sentimiento de su nada, se le acerca, y derramando sobre ella torrentes de gracias, á proporción que se humilla la levanta hacia la gloria, le revela sus secretos, y la atrae suavemente hacia sí.»

Cuando el alma humilde tiene algo que pedir á Dios, su oración es siempre bien recibida. (Eccli., xxxv, 21.) Aun cuando no sepa hablar á Dios, y se sienta incapaz de orar, la humildad suple todo lo que le falta, y Dios recibe como perfecta su oración. (Judit, xi, 16.)

María fué escogida de entre todas las criaturas para Madre de Dios porque fué la más humilde.

## 3.º—CASTIGO DE LAS FALTAS CONTRA LA HUMILDAD

De la soberbia, sobre todo, puede decirse con toda verdad *que en el pecado lleva la penitencia*.

Dios castiga á los soberbios con humillaciones tanto más vergonzosas é inportables, cuanto más profundo era el orgullo; y generalmente permite, en su misericordia, que experimentemos las mismas humillaciones que hemos hecho sufrir á los demás.

Si hemos sido *altivas, duras, sin misericordia, desdeñosas* para con otras hermanas que nos parecían inferiores, ó para con las enfermas y ancianas..., día vendrá en que sentiremos



vivamente todo el peso del *desprecio y del desdén*; Dios permitirá, sin que nadie lo quiera directamente, que nuestras hermanas nos desprecien y nos traten con desdén, y que las superiores nos olviden y para nada cuenten con nosotras.

Si por orgullo hemos hecho *voluntariamente malos juicios de las hermanas*, y en nuestro corazón *nos hemos comparado y preferido á ellas como el fariseo*, Dios permitirá que nos asalten violentas tentaciones que nos humillarán profundamente, y nos obligarán á reconocer que nuestras hermanas valían más que nosotras; Dios permitirá que los superiores nos juzguen desfavorablemente, y les parezca mal todo lo que hacemos y todo lo que decimos.....

¡Oh! Sí, será muy terrible el castigo de las religiosas que voluntaria y habitualmente se hayan dejado seducir de la exagerada estimación de sí mismas, propasándose por consiguiente á tratar con desprecio, desdén é indiferencia á sus hermanas. Dios, que quiere salvarlas á toda costa, no les escaseará ningún remedio, y los remedios contra el orgullo son terribles.

#### 4.º—CONDICIONES DE LA HUMILDAD

1.ª *La humildad debe ser verdadera y sincera*, es decir, que no ha de contentarse con esas palabras de propio menosprecio y desestimación que muchas veces decimos, y que sentiríamos mucho oírlas de boca de otros, ni con

un exterior humilde y maneras afectadas. La humildad que se muestra mucho por fuera y que en cierto modo *se exhibe*, es por lo mismo sospechosa.

«Yo no llamo humildad—dice san Francisco de Sales—á ese ceremonioso aparato de gestos, reverencias é inclinaciones, cuando se hace, como generalmente sucede, sin ningún sentimiento interior de propia abyección y de la justa estimación del prójimo; pues todo eso no pasa de ser vano entretenimiento de espíritus débiles, y más bien ha de llamarse fantasma de humildad, que humildad.»

«En muchas de esas naturalezas cubiertas de un barniz de miel hallamos, cuando se ofrece ocasión, una tenacidad de bronce y una irritabilidad que asusta. Verdaderas esponjas para las alabanzas, y perfectos erizos para la más leve censura.» (P. W. Faber.)

La humildad de palabras consiste en decir mucho mal de sí mismo, pero creyendo interiormente muchísimo menos; en ponerse debajo los pies de todos, pero sintiéndolo mucho si le toman por la palabra. La más liviana expresión irrita á esos fingidos humildes; una simple señal de indiferencia es un dardo que les traspasa el corazón.

«Este es mi parecer, Filotea: ó no digamos palabras de humildad, ó digámoslas con verdadero convencimiento interior, conforme á lo que pronunciamos exteriormente. Cuando bajemos los ojos, humillemos el corazón. Cuando manifestemos querer el último lugar, deseémosle de todas veras.» (San Francisco de Sales.)

2.<sup>a</sup> *La humildad debe ser sencilla*, y tendrá este carácter cuando no afecte ninguna singularidad, ni pretenda hacer ninguna cosa extraordinaria. Los actos de humildad deben ser motivados por circunstancias particulares, y, sobre todo en comunidad, no deben hacerse sin autorización especial. Procura hacer, con profundo sentimiento de tu pequeñez y de tu culpabilidad, los actos que indican las reglas, como besar los pies á las hermanas, postrarse en el suelo á la entrada de la sala por donde ha de pasar la comunidad, comer de rodillas, etc.....; pero no lo hagas sino las veces que te lo manden; no inventes para tu uso particular nuevos actos de humildad, pues podrías dar materia de risa y turbar el orden. La abyección es útil como ejemplo y como remedio, pero en la práctica nunca se han de perder de vista la conveniencia y discreción.

3.<sup>a</sup> *La humildad debe ser alegre*, porque la humildad no es esa tristeza ni ese exterior melancólico que nos hace ver todas las cosas como si tuviéramos una gasa negra ante los ojos; pues de ser así, muy difícilmente tendríamos la paz, expansión de ánimo y gozo espiritual.

La verdadera humildad tiene dos miradas: una dirigida á *la propia abyección*; otra fija en *la misericordia de Dios*, más vasta que nuestra miseria; en *su bondad*, más poderosa que nuestra flaqueza; y de esta doble mirada resulta lo que podríamos llamar *la tristeza del alma desterrada con el gozo y la confianza de los bienaventurados*.

4.<sup>a</sup> *La humildad debe ser constante*. Se ha de practicar toda la vida, porque la soberbia no se cura nunca perfectamente. Todos los cristianos deben pensar que están en el mundo para humillarse: puede haber razones para no dar limosna, para no ayunar, pero nunca hay razón para dejar de *humillarse*; entre todos los vicios, la soberbia es el último de que nos vemos libres.

III. El tercer remedio contra las ilusiones sobre el valor personal es la *práctica de los actos de humildad*. He aquí algunos:

1.<sup>o</sup> Despreciar interiormente todo lo que tiene algún brillo y aire de grandeza, como opuesto al estado de Jesucristo, que es estado de humildad y anonadamiento.

2.<sup>o</sup> Tener, por el contrario, en mucha estimación y respeto todo lo que huele á pobreza y humildad, como son las personas pobres, las casas y los vestidos pobres, porque todo esto es más conforme con el estado pobre y humilde de nuestro Señor Jesucristo.

3.<sup>o</sup> No buscar ni pretender el trato ni la amistad, ni el favor de los grandes y personas calificadas; conversar más gustosamente con los pobres que con ellos; trabajar con más gusto por la salvación de los pobres que por la de los ricos y los grandes, porque hay menos peligros, más facilidad y más provecho que esperar.

4.<sup>o</sup> No ingerirse en los cargos ó negocios honoríficos que pueden llamar la atención, ni aun con pretexto de celo, á menos que lo pidan la gloria de Dios, la caridad ó la obediencia.

5.º Cuando hay obligación de tomar parte en los negocios, escoger lo más modesto y menos honroso, y procurar que la gloria y el honor recaigan sobre los demás.

6.º Hablar de sí lo menos posible; no decir nada que pueda redundar en propia alabanza; no referir nunca el bien que se hace, á menos que nos obliguen á ello la necesidad ó la edificación del prójimo.

7.º No hacer nunca el bien por respetos humanos, ni por agradar á las criaturas, ni por conseguir aprecio y estimación, sino únicamente por agradar á Dios.

8.º No hacer mucho caso del bien que se puede hacer, temiendo siempre que la falta de pureza de intención, el deseo de agradar á los hombres, la inclinación natural, el amor propio, no se mezclen en nuestras acciones, haciendo abominable á los ojos de Dios lo que nos granjea el aprecio y la aprobación de los hombres; y aun en el caso de haber hecho todo lo que debemos (¿y quién podrá lisonjearse de haber hecho todo lo que debe?), considerarse como siervo inútil, según lo aconseja Jesucristo.

9.º Hacer con más gusto el bien oculto que el ostensible y de lucimiento.

10. Conformarnos con los pocos talentos que Dios nos ha dado y el poco fruto que conseguimos con nuestros trabajos y en el desempeño de nuestro cargo, estando en la persuasión de que muchas veces damos más gloria á Dios aceptando nuestra abyección, que si consiguiéramos brillantes resultados que podrían darnos ocasión de vanidad y soberbia.

11. Evitar las alabanzas en cuanto sea posible, temerlas mucho, recibirlas con gran confusión y pena, temiendo que esas vanas alabanzas sean la única recompensa que merezcan nuestras buenas obras, haciéndonos perder la recompensa eterna; y, finalmente, que el aplauso de los hombres, si lo buscamos y de eso nos agradamos, atraiga sobre nosotros la maldición de Dios.

12. Cuando Dios permita que nuestras obras tengan buen resultado, cuanto mayor sea éste tanto más debemos humillarnos, confundirnos y admirarnos al mismo tiempo de que, para hacer brillar su poder, se digne servirse de instrumentos tan flacos como nosotros: á El, pues, hémus de atribuir toda la gloria, sin reservarnos la menor parte, sin tener la más mínima complacencia, recordando aquellas palabras que nuestro Señor Jesucristo dijo á sus discípulos: «No os habéis de gozar en el buen éxito de vuestros trabajos, sino más bien en la esperanza de que vuestros nombres están escritos en el cielo.»

13. Cuando nos humillen ó desprecien, lejos de afligirnos ó desanimarnos, debemos regocijarnos y complacernos en la abyección, porque entonces es cuando más nos parecemos á Jesucristo humillado y anonadado.

Un religioso ha reunido en las siguientes líneas los actos más prácticos de humildad:

No disputes, queriendo presuntuoso  
Aparecer en todo victorioso.  
No juzgues ni decidas de ligero,  
Y la pura verdad di por entero.

Aunque tengas razón, nunca te excuses,  
 Y quedar humillado no rehuses.  
 No hables ni bien ni mal de tu persona,  
 Que el silencio del mérito es corona.  
 No te avergüences de tu humilde cuna,  
 Ni blasones de bienes de fortuna.  
 Sepulta en el olvido tus favores,  
 Y en tu memoria estén tus bienhechores.  
 Abre tu pecho al Padre que te guía,  
 Y todos tus secretos le confía.  
 Perfecta abnegación, ciega obediencia  
 Y observancia puntual sea tu ciencia.  
 No busques otro premio á tus acciones  
 Que censuras y amargas reprensiones.  
 Nunca te engrerás de tu grandeza  
 Si mides tu valor por tu bajeza.  
 Sé con todos afable y comedido,  
 Que has venido á servir, no á ser servido.  
 No te abatas ni alegres con exceso  
 Con el infausto ó próspero suceso.  
 De toda acción brillante y meritoria,  
 Para ti el sacrificio, á otro la gloria.  
 Lágrimas, ni consuelos, ni otros dones  
 No has de buscar, que ahí caben ilusiones.  
 No des entrada al juicio temerario,  
 Y como á hermano estima á tu contrario.  
 No seas suspicaz ni quisquilloso;  
 Sé en perdonar agravios generoso.  
 Con amor corresponde á los desprecios;  
 El mendigar aplausos es de necios.  
 Por mucho que te injurien, no padeces  
 Lo que por tantos crímenes mereces.  
 Has de ser de tus faltas juez severo,  
 Y no de las ajenas pregonero.  
 Aplaudé toda acción que lo merezca,  
 Y abájate porque tu hermano crezca.  
 No éntre en tu corazón amor terreno:  
 Sólo de amor de Dios ha de estar lleno.  
 Al desvalido y al enfermo asiste,  
 Da auxilio al débil y consuelo al triste.  
 Al religioso pobre dan contento  
 Pobres vestidos y frugal sustento.  
 Alternar con magnates no pretende,  
 Que el pobre con el pobre va y se entiende.

No desdeñes oficio humilde y bajo,  
 Ni busques honra en él, sino trabajo.  
 Loco ha de ser tu orgullo y manifiesto  
 Si no ves que es el último tu puesto.  
 Han de ser los oprobios tu tesoro;  
 Deséalos como el avaro el oro.  
 Sea Jesús tu guía y tu modelo,  
 Sigue sus pasos para ir al cielo.  
 Si el fué del mundo necio despreciado,  
 ¿Cómo pretendes tú ser estimado?  
 Gloríate en la Cruz, trono glorioso  
 De tu Rey por los siglos victorioso.

IV. Hé aquí, como conclusión, los consejos del P. Agrícola á una religiosa que le manifestaba sus tentaciones de vanidad, de amor propio y de vana complacencia:

«1.º Cuando el demonio del orgullo te sugiera que tienes más ingenio, talento, penetración, inteligencia, luces, capacidad, saber y habilidad que las otras, te dirás á ti misma: —¡Ah! ¿no me vienen de Dios todos los bienes que puede haber en mí? ¿No lo he recibido todo de su bondad? ¿No es á El á quien debo agradecerlo? ¿No debó servirme de todo para su gloria y para mi salvación? Y si faltó en ese punto, ¿no tendré que dar cuenta de ello en el gran día del juicio al soberano Juez que me lo ha dado?

»2.º Cuando te sugiera que piensas mejor y con más ingenio, que hablas más correctamente y con más sensatez, que obras con más prudencia y discreción, has de decir interiormente: —¿Dónde están mi talento y mi gran saber? ¿En qué lo hago consistir, y cuál es mi presunta sabiduría? Todos los días ofendo á Dios con el pensamiento, palabra y obra; y ¿he

de aplaudir mi manera de pensar, de hablar y de obrar?

»3.º Cuando te represente el mucho caso que hacen de ti, el aprecio en que te tienen, el honor y el respeto con que te tratan, la atención y el afecto con que te distinguen, te dirás á ti misma:—¿De qué me servirá agradar á las criaturas, si tengo la desgracia de desagradar á Dios? ¡Todo es vanidad de vanidades, menos amar y servir á Dios! ¡Ah! si me conocieran bien!»

»4.º Cuando quiera insinuarte que honras á la comunidad, á la Religión, á tu familia, que haces honor al oficio ó cargo que desempeñas, dirás interiormente:—No es el bien que aparento lo que me ha de justificar, sino las virtudes que haya practicado y el cumplimiento de los deberes de mi estado. Los hombres juzgan por las apariencias; pero Dios, que escudriña los afectos del corazón y los más íntimos secretos del alma, juzga según la verdad.

»5.º Cuando quiera persuadirte que tienes probidad, mérito, rectitud, religión, piensa que muchas veces has merecido el infierno, que no estás exenta de imperfecciones y defectos, y que en muchos casos te falta amor para con Dios y caridad con el prójimo.

»6.º Cuando quiera insinuarte que tienes más nobleza, mejor educación, mejores sentimientos, porte más noble, más gracias, más finura, mejores modales que las otras, respóndele:—¡Ay! Todas estas ventajas de la Naturaleza y de la fortuna no sirven, de ordinario, sino para ofender más á Dios, para hacernos más culpables ante sus ojos, para arrebatarnos

la gracia y el cielo y precipitarnos en el infierno. Son otros tantos escollos para la salvación.

»7.º Cuando el demonio quiera afligirte, entristecerte é inquietarte porque te han recompensado mal, censurado y criticado, dando mala interpretación á tus buenas obras é intenciones, dirás:—Gracias os doy, Señor, porque me tratáis como fueron tratados vuestros apóstoles y discípulos; os bendigo porque me guardáis la recompensa para la eternidad.

»8.º Cuando quiera inducirte á cumplir el deber y á practicar buenas obras con el fin de que te vean y tengan por buena y virtuosa, dile:—Retírate, Satanás; no quiero otro testigo que Dios; sólo quiero trabajar para su gloria, pues es mi primero y último fin.

»9.º Cuando te alaben, te aplaudan y te elogien, has de decir:—No es á mí, Señor, á quien se debe la gloria, sino á Vos sólo, Dios mío, y á vuestro santo nombre.

»10.º Cuando te inspire que te compongas y arregles con alguna afectación ó con más cuidado del que pones en ello, dirás interiormente:—Una virgen cristiana no debe buscar otro adorno que el de la virtud; todo su cuidado debe ponerlo en revestirse de Jesucristo, de su humildad, de su paciencia, de su modestia y de su mansedumbre.»